



*4 de agosto de 1878*

## **LA FIESTA DE SAN DOMINGO**

### *Madre María Eugenia*

Mis queridas hijas:

Quisiera deciros hoy una palabra sobre el santo cuya fiesta celebramos y al que siempre hemos tenido una gran devoción. Sabéis que Santo Domingo se había formado en la Orden de San Agustín. Era un canónigo regular. Durante mucho tiempo había estudiado, había rezado, había seguido la vida monástica, se habían formado en él las virtudes de regularidad, de silencio, de obediencia, de fidelidad a la oración, de amor al Oficio Divino, todas esas cosas que sólo se adquieren por la práctica, y sin las cuales no se puede, con riesgo de un gran peligro, dedicarse a la salvación de las almas.

Os digo esto, porque debéis estar convencidas de que, para nosotras, lo más importante es formarse para la vida regular, tener un gran y perfecto amor a la Regla, observarla en todo, para que esté por encima de nuestros puntos de vista o nuestras propias concepciones sobre bien. No podemos ser buenas religiosas de la Asunción más que con la condición de procurar el bien según la Regla, y no según el ideal que se ha formado en nuestra mente, teniendo sobre todo una gran aplicación a la oración y al Oficio divino.

A veces lamento que vosotras, que habéis entrado más tarde con nosotras, veis a personas con cargos, obligadas por la edad y por la multiplicidad de ocupaciones, prescindir del Oficio divino en coro y de los horarios regulares para la oración. Pero me gustaría deciros que, cuando éramos jóvenes, asistíamos a todos los oficios, e incluso, durante un cierto tiempo, nos levantábamos por la noche para recitar Maitines. El Oficio Divino ha sido uno de los grandes amores, una de las grandes devociones en las que se ha establecido nuestra Asunción.

También, cuando se tienen más fuerzas, cuando se es más joven, podemos prescindir fácilmente de todas las cosas, se puede vivir en una gran pobreza, que se reconoce en todo lo que está a nuestro uso. Es en estos hábitos de vida regular, hermanas, donde debemos basar toda nuestra vida religiosa.

Pero vuelvo a Santo Domingo. ¿Por qué dejó la Orden en la que había sido así formado, y donde había recibido todo lo que iba a dar? Tenemos que imaginar que, en ese momento, la Comunidad de una pequeña ciudad de España, formada por religiosos de una gran observancia, irradiaba muy poco a su alrededor. No había ferrocarriles, los caminos estaban en mal estado, solo se podía viajar en mula, a pie o en malos coches.

Un religioso de una orden monástica como ésta confesaba si alguien venía a confesarse en la capilla del convento; predicaba cuando le tocaba; rezaba, estudiaba, cantaba el Oficio Divino. Así era más o menos su vida.

Pero Dios ha llamado a Santo Domingo para ser un remedio contra las herejías de aquella época, contra las convulsiones de fe, de costumbres y de piedad que asolaban entonces a todo el sur de Francia. Nada puede darnos una idea de lo que era la herejía de los albigenses. Precusores de los Protestantes, devastaban las provincias del sur.

No era extraordinario que un canónigo se dedicara al apostolado. Vemos en la vida del Venerable de la Salle<sup>1</sup>, que, por ser canónigo, los vicarios generales lo llamaban para ir a predicar las misiones en el campo, aunque había dedicado su vida a la educación de los niños pobres. Por tanto, no es de extrañar que santo Domingo haya obtenido este permiso.

Solo que, en cuanto vio que la misión era inmensa, comprendió que era importante tener con él hombres que fueran apóstoles; hombres que, en su mortificación, en su celo, en su ciencia, en su amor por el Oficio, tuvieran como fin la salvación de las almas. Así se formó la Orden de los Hermanos Predicadores.

Hay algunos aspectos en los que nos parecemos a los dominicos, como les gusta reconocer. En resumen, ¿quién va a tener devoción a la Santísima Virgen, si no somos nosotras, las hijas de su Asunción? Santo Domingo no dispensó a sus religiosos de las observancias regulares. Les ha dejado el silencio, la mortificación, la obediencia, el Oficio. Todo lo que hace un agustino en el interior de su monasterio, un buen dominico debe hacerlo en su vida de celo y de apóstol.

Bueno, hermanas, esto es un ejemplo para nosotras. Algunas veces se está tentado en la vida, por el bien de las almas que se consigue a través de las obras externas, de apartarse algo de lo que es la base sin la cual no somos verdaderamente religiosas.

Mirad a las Congregaciones que se dedican exclusivamente a la vida activa, como las hermanas de la Caridad: se llamaban a sí mismas siervas de los pobres y no religiosas. No se han impuesto lo que constituye más la vida religiosa, como el silencio, el Capítulo, y dicen, a quien quiera escucharlo: "Nosotras no somos religiosas. "

Nosotras, por el contrario, hermanas, somos religiosas. Por lo tanto, esta es la base sobre la que hay que construir. Ante todo, hay que ser religiosas de la Asunción, muy fieles en la obediencia, en la oración, muy deseosas de que, desde la mañana hasta la noche, la Regla sea cumplida en los lugares donde estamos, y que reine por encima de todo.

He visto, en algunos monasterios dominicos. una exactitud perfecta a este respecto. En el de Lyon, por ejemplo, han hecho, en el interior de la parte reservada a los religiosos, salas de visitas para que los religiosos que tienen que hablar entre ellos vayan a estas salas de visita y no a otros lugares donde la Regla ordena guardar silencio. Aquí, hermanas, tenéis la sala de comunidad, donde se puede hablar en momentos de silencio, y a donde siempre podéis ir a decir modestamente y en voz baja lo que es necesario. Este amor por la regularidad es precisamente una de las cosas admirables en Santo Domingo.

Imaginaos a este hombre que ha dejado su monasterio, que está siempre por los caminos, por las carreteras, a veces predicando en un lugar, a veces en otro, visitando todo el sur de Francia, este país entonces convulsionado por la herejía y por la guerra. En medio de esto observaba la Regla tan fielmente como si estuviera en el interior del monasterio. Rezaba, guardaba silencio. Tenía un compañero con él; cuando llegaba el momento de hablar, hablaban de las cosas Dios. En resumen, en esta vida ahora vuelta al

---

<sup>1</sup> Juan Bautista de la Salle.

exterior, llevaba consigo la fidelidad monástica y el amor a las menores observancias regulares.

Hagamos esto, hermanas. Que las obras exteriores, que las ocupaciones junto a las niñas, que el cuidado de hacer aprobar los exámenes, que la obligación de satisfacer a las personas de fuera, que las salidas e incluso los viajes, que todo esto deje ver en nosotras a la religiosa siempre apegada a las observancias regulares, al Oficio, al silencio, a la pobreza, a la vida en común, a la obediencia y, finalmente, a todo lo que constituye la vida religiosa, sobre la que se fundamenta el amor y el celo por la salvación de las almas.